

**Guillermo Wilde. (2009).**  
***Religión y poder en las misiones de guaraníes.***  
**Buenos Aires. Sb.<sup>1</sup>**

Dr. Pablo Perazzi  
Universidad de Buenos Aires  
CONICET  
pabloperazzi@yahoo.com.ar

RESUMEN

A partir del relato de un acontecimiento violento, el libro de Guillermo Wilde se introduce en las complejidades del universo misional guaraní entre principios del siglo XVII y mediados del siglo XIX. La ruptura con las versiones tradicionales impone una panorámica en la que el conflicto, la manipulación y la negociación *vuelven más reales* las conductas de los agentes. A caballo entre la historia y la antropología, *Religión y poder en las misiones de guaraníes* combina los aportes de las nuevas corrientes historiográficas con lo mejor de la narrativa y la mirada etnográficas.

Palabras clave: antropología histórica, misiones de guaraníes, religión y política.

Un relato estremecedor presupone un lector estremecido. La escena con la que Wilde inicia su obra parece buscar ese cometido: un grupo de “forajidos”, comandado por Josef Ignacio, un guaraní cristianizado, irrumpe en la casa de doña María Isabel Franco, asesina a su marido y, tras golpearla reiteradas veces, es tomada cautiva. Lo que sorprende de la escena no es el hecho en sí (las situaciones de malón no constituyen ninguna novedad) sino su calculada *singularidad*. El detallado proceso de composición de lugar produce un poderoso efecto de realidad. Lo interesante es que esa *singularidad* contiene todas sus variantes: todos los malones están comprendidos en ella.

---

<sup>1</sup> Fecha de realización reseña: febrero de 2011. Fecha de aceptación: junio de 2011.

Ese simple acontecimiento, probablemente escogido entre muchos otros, borra de un plumazo con las visiones armónicas y pueriles de las misiones de guaraníes. En efecto, el propósito del libro consiste en dismantelar los discursos historiográficos tradicionales según los cuales las misiones eran “espacios políticamente ordenados y culturalmente homogéneos” (Wilde 2009:21). No es la abundancia de fuentes documentales (condición necesaria pero no suficiente) lo que distingue el trabajo de Wilde, sino las técnicas de selección y exposición de que se vale para cumplir con su objetivo.

Frente a las visiones historiográficas clásicas, Wilde antepone la acción, el conflicto y la negociación como categorías que proporcionan una imagen verosímil (realista, si se quiere) de lo acontecido. Así, la omnisciente presencia de la monarquía ibérica se diluye en las complejidades de un devenir en el que los agentes, a menudo imprevisiblemente, se traicionan y mudan de roles. Las argucias desplegadas para eludir los controles punitivos manifiestan el conocimiento de un repertorio significativo de recursos lingüísticos, simbólicos, jurídicos y administrativos, repertorio que excede ampliamente las fronteras del universo sociocultural guaraní.

Resulta difícil no pensar en el Malinowski de *Crimen y costumbre* (1986) exhortando a los estudiosos a modificar los términos del problema: la cuestión no pasa por examinar la manera en que los hombres se someten a las reglas (la sumisión es una quimera) sino por ver de qué modo “las reglas se adaptan a la vida” (151). Las acciones ya no se presentan como simples y espasmódicos reflejos de los sistemas normativos sino que, por el contrario, son las propias prácticas las que traccionan la aparición, supervivencia o desaparición de los modelos de regulación social.

El análisis de Wilde retoma e incorpora tres problemáticas fundamentales de las corrientes historiográficas contemporáneas, problemáticas que, no por casualidad, han surgido a la luz de la relectura de la literatura antropológica clásica: la reducción de la escala de observación, la narrativa histórica como etnografía y el retorno del sujeto.

Dada la formación antropológica del autor, podría decirse que corre con cierta ventaja. Para los antropólogos, la reducción de la escala es casi un asunto protocolar: el trabajo sobre áreas pequeñas y razonablemente delimitadas forma parte del canon disciplinar. En el caso de Wilde, cuyo quehacer es el de la antropología histórica, la reducción de la escala no es temporal sino espacial-conceptual: le preocupa explorar “una serie de situaciones locales” a partir de las cuales reconstruir el complejo sistema de relaciones sociales, políticas y simbólicas, con sus consabidos conflictos, resistencias, negociaciones y manipulaciones, que signó el proceso de formación de las misiones de guaraníes entre principios del siglo XVII y mediados del siglo XIX. Ahora bien, lo que subyace no es un ejercicio de interpretación documental, sino la búsqueda de indicios capaces de desenmarañar el revés de la trama de las luchas simbólicas y materiales que aquellos cifran. Lo que interesa, pues, es comprender determinadas lógicas sociales en “*sus propios términos*”: estar entre ellos, pensar como ellos, podría decirse.

La atracción que en las últimas décadas la antropología ha ejercido sobre las nuevas corrientes historiográficas es un hecho más o menos conocido.

De Carlo Ginzburg a Jacques Revel, de Giovanni Levi a Maurice Agulhon, de Robert Darnton a Roger Chartier, los historiadores han venido reconociendo su deuda con la práctica antropológica. Aunque también han advertido sobre los “efectos tendenciales del ‘geertzismo’”, no por ello se abstrajeron de los aportes que, tanto en términos analíticos como metodológicos, la etnografía podía suministrar a la investigación histórica (Revel 2005). Ya a principios de los años sesenta, cuando la escuela de los *Annales* desempeñaba meridiana influencia, el mismo Evans-Pritchard (1990) afirmaba no solo que la antropología era un tipo de historiografía, sino además que el estudio de un registro etnográfico o de un puñado de documentos implicaba “una diferencia técnica, pero no metodológica”. En efecto, aquello a lo que Darnton (2006) denomina “historia con espíritu etnográfico” refiere al hecho de que el historiador no solo trata de averiguar lo que la gente pensaba, sino cómo pensaba, cómo construyó su mundo y cómo le dio significado y le infundió emociones. Aunque Darnton admite que trabajar en un archivo del Antiguo Régimen no es equivalente al trabajo de campo etnográfico, no niega que el funcionamiento mental en las selvas sea tan opaco e impenetrable como el que procede de los archivos.

La narrativa histórica como una etnografía: esa es, pues, la apuesta que trasunta la exposición de Wilde. “Exposición” no es, en su caso, un vocablo ocioso: refiere a esa fase de la escritura en que las situaciones particulares son repuestas en sus contextos específicos de significación. Lo distintivo de la exposición de Wilde consiste en un esfuerzo por *volver más real* el comportamiento humano. No se trata de una sobrecarga de objetividad sino de una puesta en escena de las ambigüedades, fisuras y trastocamientos de los mundos simbólicos que orientan y condicionan las prácticas de los agentes. Las estrategias narrativas no aspiran a un golpe de efecto retórico sino que suponen el uso de técnicas destinadas a sellar la brecha entre el investigador (escritor) y los no iniciados (lectores).

Con la crisis de los grandes modelos historiográficos se empieza a advertir un marcado interés por el detalle, la ruptura, el acontecimiento, y por el mundo de los objetos, los saberes y las prácticas. Se asiste, por así decirlo, al retorno del sujeto. La revaloración de las prácticas supuso “el redescubrimiento de los actores y de su papel en la producción de la sociedad” (Revel 2005:17). Aunque la búsqueda de fórmulas conceptuales todavía permanece en agenda, la inscripción en tal o cual modelo ya no constituye un requisito indispensable. La preocupación teórica no es (o no parece serlo) punto de partida sino de llegada, lo cual no significa abandonarse a una suerte de anarquismo epistemológico.

Para la antropología (o más bien para esa antropología que hizo (y hace) del trabajo de campo su *modus vivendi*), el individuo, la acción, los imponderables, lo ordinario y lo excepcional no resultan una entelequia. Son situaciones que, evidentes y asequibles, se imponen sumariamente a la mirada del observador. La inmediatez no es la excepción sino la normalidad del trabajo etnográfico.

La antropología histórica suele homologar el *trabajo de campo* con el *trabajo de archivo* (Nacuzzi 2002). El extrañamiento que provoca una vivencia etnográfica sería equivalente al que se sucede durante una incursión, a través de los variados papeles atesorados, en los archivos. Como en el campo, lo atractivo

del archivo es que, aunque organizado para encontrar lo que se busca, permite al mismo tiempo bucear erráticamente para hallar lo que no se está buscando, aquello de lo que ni remotamente se presentía su existencia (Ginzburg 2004). Esos márgenes de imprevisibilidad a menudo proveen hallazgos que pueden convertirse en grandes posesiones intelectuales.

La lectura de un documento genera siempre una sensación de realidad: es lo irrisorio o lo trágico o lo cotidiano en su positiva carnadura. La lectura de un documento provoca “la sensación ingenua, pero profunda, de rasgar un velo, de atravesar la opacidad del saber y de acceder, como tras un largo viaje incierto, a lo esencial de los seres y las cosas” (Farge 1991:11). Al escrutar un documento sobreviene la impresión de haber estado allí. El documento faculta al investigador para avizorar una amplia gama de horizontes (o ficciones) de lo vivido. De lo que se trata es de estar lo suficientemente disponible, a la vez que lo suficientemente atento. Pero de lo que se trata, también, dado que los documentos suelen encandilar, es de no dejarse enceguecer al punto de ya no saber cómo interrogarlo.

La inevitable sobreimposición de lo real no se circunscribe a la exposición de lo vivido, horroroso o no, pero que se sabe pasado, sino que con frecuencia atraviesa centurias y se nos revela en sus huellas, en los rastros materiales de lo vivido. No solo en una determinada grafía sino también en aquellas imprevistas marcas que los papeles transportan consigo, en aquellos indicios que reponen las circunstancias de su escritura: el ocre e imperfecto círculo dejado por la cera derramada de una vela, como nos sugiere Wilde, entraña la fugaz sensación del tiempo suspendido, a pesar del tiempo transcurrido, y nos impele a percibir al escritor en su experiencia concreta.

## BIBLIOGRAFÍA

- Darnton, R. (2006). *La gran matanza de gatos y otros ensayos en la historia de la cultura francesa*. Buenos Aires. FCE.
- Evans-Pritchard, E. E. (1990). *Ensayos de antropología social*. Madrid. Siglo XXI.
- Farge, A. (1991). *La atracción del archivo*. Valencia. Alfons el Magnanim.
- Ginzburg, C. (2004). *Tentativas*. Rosario. Prohistoria.
- Malinowski, B. (1986). *Crimen y costumbre en la sociedad salvaje*. Barcelona. Planeta-Agostini.
- Nacuzzi, L. (2002). Leyendo entre líneas: una eterna duda acerca de las certezas. En S. Visacovsky y R. Guber (Ed.), *Historia y estilos de trabajo de campo en Argentina* (pp. 229-262). Buenos Aires: Antropofagia.
- Revel, J. (2005). *Un momento historiográfico. Trece ensayos de historia social*. Buenos Aires. Manantial.
- Wilde, G. (2009). *Religión y poder en las misiones de guaraníes*. Buenos Aires. Sb.